



CAPÍTULO

1

*Edward Cullen: Ya no tengo más fuerzas
para mantenerme alejado de ti.
Isabella Swan: Entonces no lo hagas.
(Crepúsculo)*

Once. Esa fue exactamente la cantidad de kilos que engordé durante mi intercambio. Al principio, realmente *intenté* controlarme. Hice gimnasia, traté de no comer muchos dulces, pero, cuando comenzó a hacer frío a fin de año, simplemente fue imposible. La pereza no me abandonaba, era mucho sacrificio, lo que más quería era que las clases terminaran rápido para poder llegar a casa, hacerme un chocolate caliente, meterme debajo del edredón ¡y quedarme viendo películas toda la tarde!

Acababa de terminar mi noviazgo con Christian, y Tracy estaba en el internado, así que no era como si tuviese mucho que hacer los fines de semana. Y, para ser sincera, en ese momento no me preocupaba ni un poco la estética, ¡tendría el resto de mi vida para adelgazar en Brasil!

Hasta que descubrí que Leo no tenía novia, que todo había

sido un invento y que todavía me estaba esperando (al menos hasta saber de Christian), entonces me desesperé. Pero ya era demasiado tarde, faltaba menos de un mes para mi regreso y no había ninguna posibilidad de que adelgazara en pocos días todo lo que había engordado en un año.

Aunque no imaginaba que había sido tanto. Recién cuando fui a tomar un baño –una vez que se fueron todas las personas que estaban en la fiesta que mis padres organizaron para celebrar mi regreso– lo dimensioné realmente. Miré la balanza que tengo en mi baño, la misma que a los 13 años le pedí a mi mamá que me comprase, exactamente la misma en la que hice una marca roja sobre los 60 kg y juré que nunca superaría ese límite. Cualquier kilo por arriba de esa marca siempre me deprimía y me ponía neurótica, y hacía que me volviera casi anoréxica durante días, hasta llegar a 57 kg, que es el peso que considero *acceptable* para mi estatura de 1,65 m.

Pero sucede que cuando me subí a dicha balanza, el puntero pasó de largo la marca roja. ¡Y llegó cerca de los 70 kg! Me bajé corriendo, la observé asustada, subí otra vez, y el puntero fue a parar al mismo lugar. Entonces comprendí todo... *Juju*. Solo podía haber sido *Juju*. De seguro mi sobrina había estado jugando en el baño y ¡había roto la balanza! Sin duda había decidido saltar encima del aparato, adorando ver el puntero moverse de aquí para allá...

Me bañé tranquilamente y fui a vestirme para ir a dar una vuelta con Ana Elisa, que se quedaría solo dos días en Belo Horizonte. Yo estaba muy cansada por el viaje y por todas las emociones, pero ella había venido desde Brasilia solo para darme la bienvenida y no podía dejar que se quedara en casa viendo películas (que, por cierto, era lo que yo más quería hacer en

ese momento. ¡Cómo había echado de menos mi reproductor de DVD, mis viejas películas, mi CAMA!). Abrí mi armario y observé toda la ropa que no veía desde hacía un año. ¡La había extrañado tanto! Elegí una blusita y unos jeans, pero cuando comencé a vestirme me di cuenta de que no había sido Juju quien había estropeado la balanza. Yo misma había hecho estragos. En mi cuerpo.

Los jeans llegaron hasta un poco más arriba de mis rodillas y no subieron más. Ni haciendo mucha fuerza logré que pasaran por mis muslos. Pensé que debían haberse encogido por algún motivo, por lo que tomé unos pantalones negros que también estaban colgados en el armario ¡y sucedió lo mismo! Entonces me puse la blusa y, para mi sorpresa, las mangas me quedaron muy apretadas, ¡al punto de casi cortarme la circulación de los brazos! Fue entonces que caí en la realidad... Estaba gorda.

En ese momento, Ana Elisa tocó la puerta de mi habitación y me llamó. Yo estaba vestida solo con la blusa ajustada y una toalla amarrada en la cintura, ¡no podía verme así de gorda! Nadie podía. ¡Pero todo el mundo ya me había visto! ¡LEO ya me había visto! Solo podía pensar: “¡Ay, Dios mío, cómo me animé a bajar así del avión!”. Y yo que había pensado que solo eran maldades de Gabi y de Natalia cuando en el aeropuerto me dijeron que había engordado un poquito... ¡Un *montón*, habrán querido decir!

Otro golpe en la puerta. Sin pensar ni medio segundo, abrí mi maleta y saqué uno de los pantalones que había comprado en Inglaterra. Un pantalón elastizado. Se deslizó por mis piernas y cerró, sin el menor esfuerzo. Hice una nota mental de nunca más en la vida comprar un pantalón que tuviese cualquier porcentaje de elastano, ¡por más mínimo que fuera! ¡Pantalones del mal! ¡Simplemente se adaptan a nuestro cuerpo, por más que

engordemos! Y recién nos damos cuenta de que estamos más gordas cuando nos ponemos un pantalón normal. Pantalones elastizados. ¡Pf! ¡Apuesto a que el pantalón de esas chicas de la película de los jeans viajeros era uno de esos! ¡Es lo único que explica el hecho de que le quedara perfectamente tanto a America Ferrera como a Alexis Bledel!

Me quité la blusa apretada, me puse una bien suelta y abrí la puerta corriendo. Le lancé una sonrisa forzada a Ana Elisa, tomé mi bolso, y mis padres nos llevaron a dar una vuelta por la ciudad, para que ella pudiese conocerla y para que yo pudiera comenzar a aliviar mi nostalgia. Les pregunté a Gabi y a Natalia si no querían venir con nosotros, pero Natalia me dijo que tenía que envolver varios regalos de Navidad y que no quería dejarlo para el último minuto, y Gabi se inventó que tenía un evento de fin de año del trabajo de su papá. No estoy segura, pero creo que Gabi rechazó la invitación a causa de Ana Elisa... Todo bien, tendría todo el tiempo del mundo para hablar con ella después, pero no podía dejar de estar con Ana Elisa en ese momento. ¡Ni quería! Por algún motivo, era como si ahora ella tuviese un vínculo conmigo que las chicas no tenían... Ella participó de una parte de mi vida que nadie más vio y me resultaba un poco extraño desligarme de eso tan de golpe. Ana Elisa era como una especie de puente, una conexión entre mi antigua vida y esta nueva. Lo gracioso era que, en realidad, mi nueva vida era la antigua...

Leo fue uno de los primeros en marcharse de la fiesta. Y ni siquiera tuve tiempo de estar realmente con él. Del aeropuerto hasta mi casa tuve que ir en el auto de mis padres, porque querían saber todos los detalles del viaje. En cuanto entré en el apartamento, todo el mundo se acercó a conversar conmigo. Me di cuenta de que a Leo le daba un poco de vergüenza acercarse.

Siempre que lo buscaba, veía que estaba conversando con alguno de los chicos, pero sin apartar su mirada de mí. En un momento noté que había desaparecido y resolví ir al baño, para ver si lograba descubrir dónde estaba y poder pasar algo de tiempo a solas con él. Lo encontré en mi habitación, de espaldas, sentado en mi escritorio, escribiendo algo.

–¿Leo? –lo llamé.

Él se volvió rápidamente y se levantó.

–¿Pasó algo? –pregunté por las dudas, ya que cuando se trata de Leo, lo raro es que algo *no* salga mal.

–No... –respondió, medio sonriendo, medio serio–. Es que voy a tener que marcharme, para que puedas contarles mejor a las chicas sobre tu viaje, porque ya vi que están desesperadas por saber de ese *noviecito* que te conseguiste allá...

Celoso. Leo estaba celoso. Sin querer, sonreí.

–¿Estás celoso? –pregunté, mientras me acercaba.

–¡No! –respondió, con cara de enojado.

–¡Sí, lo estás! –me acerqué más e intenté hacerle cosquillas, pero antes de que pudiese hacerlo, él tomó mi mano, la pasó por detrás de su espalda y se quedó sujetándome, casi pegado a mí.

–¿Y si lo estoy? –preguntó, encarándome–. ¿Qué vas a hacer al respecto?

No dije nada. Antes de que siquiera una palabra pudiese salir de mi boca, ya nos estábamos besando. Durante el beso, Leo me fue empujando despacito hasta que nos sentamos en la cama y, no sé cómo, terminamos acostados, y nos quedamos un rato así, acostados, abrazados y besándonos mucho. No imaginaba cómo eso podía ponerse mejor, es decir, sí lo imaginaba, pero una voz proveniente de la puerta interrumpió mi imaginación.

–¡Vaya, deja que mamá vea esto!

Me levanté rápidamente y vi a Alberto. Sentí que me sonrojaba de golpe, no sé si por los besos o por vergüenza de mi hermano. Miré a Leo y vi que ya se había levantado y que el color de su rostro no era muy diferente del mío, además de tener todo el cabello revuelto.

–¿Estás recuperando el tiempo perdido, Leonzón? –dijo Alberto, con esa sonrisa socarrona tan propia de él.

Y antes de que Leo pudiese responder, mi hermano se dio vuelta y entró al baño.

Entonces, Leo me miró y, mientras se dirigía hacia el escritorio y tomaba un papel que estaba allí, dijo:

–Fani, me voy yendo. Después, eh, conversamos... Tu hermano tiene razón, ¡imagínate si hubiese sido tu madre la que entraba!

–Pero no quiero que te vayas todavía... –le respondí, lloriqueando. Era como si él pudiese desaparecer al cruzar la puerta.

Leo sonrió, comenzó a abrazarme, pero desistió a medio camino, mirando en dirección al baño.

–Mañana nos vemos... es solo que ahora creo que debes atender a tu familia. Mira, esto lo escribí para ti –me mostró el papel que tenía en la mano–. Es una tontería. Solo para que no te olvides de mí hasta mañana.

Lo dobló, lo colocó sobre mi cama y me pidió que lo acompañara hasta la puerta. Quise tomar la nota, pero él me pidió que la leyera después.

En cuanto llegamos a la sala, mi tía y dos de mis primas vinieron a decirme que ya se iban. Entonces no pudimos despedirnos “bien”, porque ellas terminaron entrando con él al elevador. Pero, cuando corrí hasta mi habitación, para leer lo que me había escrito, entendí que no debía preocuparme por eso. Parecía que despedirnos sería lo que menos haríamos de ahí en adelante...

Fanicitita:

Tengo que irme, porque ya había arreglado con los chicos para ir a dar una vuelta y, además, me gustas cuando eres toda mía, pero ahora todos quieren estar cerca de ti, todos quieren saber tus novedades, y me pongo un poco celoso, entonces prefiero marcharme... Después tendremos todo el tiempo del mundo para estar juntos, ¡y ahí sí que va a estar bueno!

¡Estoy MUY feliz de que hayas vuelto!

¡Sigues muy bonita!

Anota mi nuevo celular: 9123-3219

Un beso grande, disfruta mucho de las chicas, ¡porque después te voy a acaparar completamente!

Te llamo mañana.

Leo



De: Natalia <natnatalia@gmail.com>

Para: Gabriela <gabizinha@netnetnet.com.br>

Fecha: 22 de diciembre, 22:20

Asunto: Regreso de Fani

Gabi, necesito hablar urgente contigo, ¡llámame en cuanto recibas este e-mail! Estoy desesperada, ¡tenemos

que ayudar a Fani! ¡Está muy gordita! Estaba pensando, ¿qué te parece si la invitamos a ir a correr todos los días? Podemos decirle que ya veníamos haciendo eso, para que no se sienta mal y no se dé cuenta de que el propósito de salir a correr es solamente hacer que adelgace...

¿Y la ropa que estaba usando? ¿Se tratará de alguna moda? Esas botas me resultaron un poco "out" para el verano.

¿Y qué te pareció Ana Elisa? Por lo visto no te cayó muy bien... Pero es linda y calladita, bien del estilo de Fani. ¡Me agradó!

Ah, sobre nuestra conversación de la semana pasada, tienes razón, ¡a Alberto le va a gustar mucho más que le regale unas bermudas y una camisa que un juego de ajedrez! A fin de cuentas, nos vamos a la playa...

¡Besotes!

Natalia



.....



De: Gabriela <gabizinha@netnetnet.com.br>

Para: Natalia <natnatalia@gmail.com>

Fecha: 22 de diciembre, 23:44

Asunto: Re: Regreso de Fani

¿La verdad? Odié a esa Ana Elisa. ¡Fulanita entrometida! ¡Solo porque estudió con Fani en Inglaterra se

cree que la conoce mejor que nosotras! ¡Menos mal que solo va a quedarse dos días!

Y Fani también está un poco extraña, espero que solo esté alterada por el cambio de horario. Eso de mezclar inglés y portugués todo el tiempo, apuesto a que solo era para presumir su pronunciación... ¡Ella no era así! Con respecto a las botas... ¡despierta, Natalia! ¡Casi estaba nevando en el lugar donde estaba Fani! ¿Qué querías? ¿Que llegase en Havaianas?

En cuanto al peso, no es necesario que te preocupes. La mamá de Fani es mucho más neurótica con todo ese asunto de la estética que todas nosotras juntas, ¡apuesto a que hará que Fani pierda todos esos kilos de más antes de Año Nuevo! Y, además, ¿¿a quién le importa?? A Leo seguro que no. ¡Ese chico está loco por ella! Fani pasa y a él se le cae la baba... Espero que ella realmente le haya dado una patada en el trasero a ese Christian, si no, sería demasiada maldad. ¡Aunque sería bueno para que Leo se espabile! ¿Qué fue eso de irse temprano ayer para salir con los amigos? ¿Justo el día que Fani llegó? Para alguien que la esperó todo el año, ¡no parece muy ansioso por recuperar el tiempo perdido! Eso no me gustó, y creo que a ella tampoco.

¿Ya juntaste valor para decirle a tu papá que vas a viajar con Alberto? Lo dudo. Y también dudo que te deje ir...

Besos,

Gabi



De: Rodrigo <rrrrrodrigoooo@gmail.com>

Para: Leonardo <soueuoleo@gmail.com>

Fecha: 23 de diciembre, 9:20

Asunto: iPod

¡Ey, Leo!

¡Enciende tu celular, insensato!

¿Qué tal tu *night* ayer? Me hubiese gustado salir después de la fiestita, pero Priscila me seguía de cerca los pasos y fue imposible. Nos quedamos en la casa de Fani hasta el final, ¡cómo hablan las mujeres!

Estoy saliendo para el club, ¿vienes? ¿O vas a quedarte pegado a Fani? Dale un tiempo a la chica, acaba de llegar, todavía debe estar medio en el aire... y ten cuidado, para que su familia no empiece a tenerte bronca de entrada. Deja que pasen un poco de tiempo con ella primero.

Priscila me está fastidiando por el iPod que me olvidé en tu casa el día que fui a copiar esas canciones. Si vas al club, acuérdate de llevarlo, ¡por el amor de Dios! ¡Ya me duelen los oídos de tantos reclamos! ¿Ya definiste qué harás para Año Nuevo? ¿Vas a pasarlo en Rio nomás?

¡Gracias!

Rodrigo